

ESPIRITU DEL LLANO DE VICH

Introducción al esbozo de biografía sobre el «Marqués de Remisa».

Gozan los catalanes, sin pretender por ello disfrutar de una exclusiva, la bien ganada fama de sentir un grande apego al trabajo como medio más cierto de crear riqueza. Los que en la vida así proceden consiguen para la propiedad de sus bienes, si alcanzan a lograr tenerlos, el mejor título natural de dominio que respaldar puede al hombre en su ingénito derecho de llegar a poseer hacienda.

Ocurre a veces, empero, que las afortunadas consecuencias que el amor al trabajo acostumbra a operar entre sus elegidos quedan desmerecidas por la manifestación demasiado acusada del sentido reverencial del dinero. Para liberarse de semejante tacha e intentar ganar la tolerancia de un mundo envidiosillo propenso a practicar comúnmente la ley del mínimo esfuerzo, es menester que el amor al trabajo y subsiguientes humanas aspiraciones que generalmente acompañan a esta virtud se desarrollen ordenadas por un suficiente sentido espiritual de la vida. Es así como el hombre trabajador e inteligente que acertó a triunfar consigue sobrellevar con dignidad su fortuna, demostrándonos haberla merecido, lo que podrá valerle mucho — aún acá en la tierra — para hacerse dispensar la ventura de ser rico.

La Plana de Vich, que poco tiene de llana en su topografía, agrupada junto a su capital comarcal, la vetusta Ausona de los romanos, supone en el conjunto de Cataluña la cantera donde se esculpen los caracteres acaso mejor logrados y más representativos del genuino pueblo catalán.

Pese a ser las suyas no más que tierras de secano, sometidas a las alternativas de un clima por demás riguroso, la tenaz laboriosidad de sus previsores payeses, unida a la capacidad administrativa de sus discretas mujeres viene haciendo el prodigio de que la agricultura de la Plana pase por ser próspera y hasta hacendados sus moradores, que tampoco desdennan el aplicarse, con aprovechamiento, a notorias actividades industriales de tradición y arraigo en la comarca. (1)

Para completar el apunte faltanos decir que no carecen los vicenses de espíritu mercantil, siendo muy sano su comercio, que reposa en la sólida base de la innata austeridad de sus cautos empresarios, a los que no cabe atribuir mezquindad de visión para los negocios, sino prudente adaptación a las conveniencias económicas de un país, modesto en recursos, donde el comerciante sólo puede permitirse pequeños márgenes de error en sus especulaciones.

Sabido es también cómo por encima de los limitados horizontes físicos que a los planeros consienten las cerradas y altas montañas que circundan la comarca, preclaros hijos suyos supieron volar muy alto en sonadas lides filosóficas, apolológicas y literarias. (2)

(1) Las acreditadas tenerías, importantes fábricas textiles y sus célebres industrias chacineras.

(2) En la Plana nació, y en el Seminario de Vich se formó, el sacerdote Mosén Jacinto Verdaguer, cuya obra poética, así en el género épico como en el místico-religioso, ha alcanzado elevadísima categoría internacional.

Pero resultaría inconclusa esta brevísima evocación de las tierras ausetanas, en elogio al valer de su gente, si omitiéramos referirnos al profundo sentido religioso que informa la vida de los vicenses.

A los que han creído observar en el pueblo catalán cierta prosaica inclinación colectiva hacia las formas un tanto materialistas de entender la vida, les señalaremos —por si puede ayudarles a mejorar su juicio— las peculiaridades características de los habitantes de Vich y de su plana, modelo por lo general en el difícil arte de equilibrar el ajustado concierto de lo temporal con lo eterno.

El ambiente espiritual que tutela a la ciudad de Vich, donde radica la sede episcopal cuya eliminación tan dolorosa habría de ser, si llamada fuese a desaparecer algún día, pule las aristas de esa adustez que a veces se atribuye a los catalanes. Hasta la misma lengua regional, a la que no cabe negar cierta dureza de dicción por comparación con otros idiomas más eufónicos, resulta entre los vicenses suavizada por la particularidad de su tono y dulzura de su acento.

No pocas entre aquellas «casas de Pagés» de la Plana han sido y continuarán siendo, mientras la Fe aliente en ellas, el solar fecundo donde se desliza la laboriosa rutina y callada existencia de ejemplares familias cristianas, cuya solera se encarga de proporcionarnos, de tiempo en tiempo, espléndidos retoños que son la quinta esencia de la tradición espiritual de nuestro pueblo y del «bon seny» de la raza. Su entereza, la cordura y el desarrollado sentido de la medida que este pueblo posee han podido alumbrar al mundo (porque proyección mundial alcanzó aquel genio) la figura señera del sacerdote ejemplar, compendio de todos los talentos, que se llamó Jaime Balmes; a quien, por encima de cuantos títulos y elogios la posteridad le ha dedicado, llamaremos desde estas páginas «el español más sensato que en su tiempo conoció nuestra Patria».

En medio del estrépito de las luchas y del encono de las banderías que a España hubieron de afigir durante el triste período de su historia que pronto vamos a rozar, Balmes, con su notable elevación de pensamiento y ponderada cordura, encargóse de hacer buena aquella sentencia de Montaigne: «El signo más cierto de la sabiduría es la sensatez constante».

J. M. RAMÓN DE SAN PEDRO

